

ANDAR, BEBER, SOÑAR, Y NO DEJAR DE CONTAR.

Se detuvieron junto al único pino carrasco al pie de la senda que hollaban. Alrededor, todo pedregal y tierra seca, quemada por el sol que castigaba fuerte en aquellas horas del mediodía.

—Apéese, vuesa merced, y descansemos a la sombra de este pino unos instantes, que bien sabe Dios que nos merecemos remojar el gaxate con un cuartillo de vino del que tuvo a bien regalarnos aquel buen samaritano de tierras castellanas al que deleitamos en la posada con el relato de nuestras andanzas.

El caballero de figura triste y armadura abollada asintió mansamente y, con la ayuda de su escudero, se dejó caer de su fiel corcel para asentar sus posaderas en el duro suelo al pie del árbol. Su escudero, cual gallina clueca, había apartado con mimo las piedrecillas para que no sufriera el pinchazo de alguna en tan real lugar de su anatomía, y ahora ya le servía el cuartillo extraído del zurrón que colgaba de su asno.

Muchas aventuras eran las vividas en los últimos tiempos y el cuerpo estaba necesitado de un merecido descanso. Bien lo sabía el escudero, quien todavía guardaba resquemor hacia los malandrines que habíanles atacado por el camino jornadas atrás, no dejándoles en cueros por mor y gracia de su astucia, ya que escondió lo más preciado en su panza simulando estar más cebado de lo que en realidad estaba.

Compartían en silencio agradecido el aromoso vino cuando una nube de polvo se alzó en lontananza, alterando al instante el ánimo del solazado caballero.

—Diría, Sancho, que Nuestro Señor viene a probar mi honra de nuevo, pues ¿no es posible que algún caballero de tierras lejanas haya oído de mi fama y venga a cruzar lanzas conmigo para obtener la gloria derrotándome? ¡Presto!, ayudadme a montar a mi fiel rocín y preparad las armas, que mi honor no será puesto en duda por ningún caballero bisono y deslenguado.

—Ya empezamos... —musitó entre dientes.

—¿Decíais...?

—Nada, mi señor, que raudo me dispongo a ello.

Mientras el hidalgo de tan cacareada fama subía con esfuerzo a lomos de su montura y su escudero le entregaba lanza y espada, la nube de polvo se fue acercando hasta que se hizo visible la figura de un caballero cabalgando en un destretero enjaezado con un manto gris al que acompañaban dos hombres a pie de singular apariencia: uno era grande como un gigante, de mirada fiera y barba oscura que portaba una maza casi tan grande como él mismo; el otro, más pequeño, parecía ser un niño imberbe de cabellos de color del trigo que corría pizpireto en pos de su señor.

—¡Deteneos, señor, y decidme cuál es vuestro propósito al venir a mi encuentro!

El caballero, vestido con una sobrevesta carmesí de otros tiempos, detuvo su caballo mirándolos con curiosidad. La estampa que vieron sus ojos era una de las más singulares con las que se había topado en sus muchas aventuras, pues, frente a él, un anciano digno de rostro afilado y escuálida figura entorpecía su camino lanza en ristre, la cual temblaba ostensiblemente porque su peso excedía los brazos sarmentosos del añoso hidalgo.

—¡Abrid paso, caballero, raudo cabalga a cumplir el mandato de mi soberano en tierras allende los mares! ¡Nos necesitan en Tierra Santa para combatir al infiel!

—¿Tierra Santa, decís? Ha tiempo que aquellas tierras se perdieron en manos del infiel, por lo que deduzco que tratáis de engañarme y acudís a mi encuentro con otro escondido propósito. Si no deponéis vuestra felonía al instante habréis de probar el frío hierro de mi lanza en vuestro corazón.

—¡Tened la lengua, viejo loco! ¿Acaso no sabéis a quién osáis dirigiros? —El vozarrón del gigante quebró la paz de aquellas tierras yermas y los pocos pajarillos posados en las ramas del pino en busca de frescor piaron asustados mientras alzaban el vuelo alejándose de allí—. ¡Crispín! ¡Anunciad a nuestro señor!

—Mucha fuerza y poca memoria —musitó el joven imberbe, recibiendo una mirada que no auguraba bien alguno por parte del gigantón—. Albuixech es la cuna del capitán Trueno, nuestro señor, tierras cercanas al mar de levante regadas por el sol, en cuya gloria pisó el mundo por primera vez este insigne y valeroso caballero que siempre ofrece su espada a la justicia y la libertad, parangón de virtudes sin tacha y ninguna flaqueza de ánimo que...

—¡Calla ya, muchacho! No disponemos de tiempo para tanta floritura. Debemos cumplir con nuestro cometido y comenzar viaje, así que, si nos lo permitís —dijo encarando al anciano hidalgo frente a él, al cual veía bastante desmejorado pues derramaba gotas de sudor que corrían por su rostro debido al brío con el que calentaba el sol a esas horas—, nos gustaría seguir con nuestro camino.

—Andáis errado si creéis que no conozco vuestras aviesas intenciones, caballero. No ha nacido todavía quién pueda engañar a este hidalgo que lucha por el ideal más elevado que pueda tener el hombre. Mi señora no conocerá noticia de que su humilde servidor ha sido engañado por un taimado capitán que, habiendo de seguro conocido la belleza de tan ilustre dama, no busque sus favores burlando la vigilancia de este, su más fiel enamorado. Habréis de vencerme en buena lid si queréis pasar por este camino, pero sabed, señor, que no he sido vencido con justicia desde que mi señora me obligara a tomar la senda del caballero andante.

—Dejad que me encargue de este viejo desequilibrado, capitán —dijo el gigante alzando la porra, aunque seguidamente tuviera que bajarla viendo a su señor negar el gesto con la cabeza.

—No dudo de vuestra hidalguía, mi señor caballero andante, y vuestra amada debe andar ufana de vuestra valentía, pero no es mi intención robaros sus favores ni engañaros con treta alguna. Solo buscamos el mejor camino para llegar a la costa y de allí emprender viaje a tierras infieles.

—Quizás vuesa merced ha confundido las intenciones del capitán y sea sincero en sus alegatos —indicó el escudero, más preocupado en el balanceo continuo de la maza del gigante que en otras consideraciones.

—No se puede pedir que entienda de honores un patán villano como tú —espetaba el caballero volviendo a alzar su lanza, no sin esfuerzo, pues tanta habladuría, y bajo aquel sol de justicia, le estaban haciendo mella—. Justad conmigo o vuestra cobardía será pregonada por cada villa del reino.

El capitán, viendo que las palabras no apaciguaban la ira de aquel orate subido a un famélico jamelgo que parecía a punto de desfallecer, y sintiendo que el tiempo apremiaba, soltó un suspiro resignado elevando su espada.

—¡Sea pues, caballero, nadie osará decir que el capitán Trueno no es el más fiel vasallo de su rey!

Piafó su montura al espolearla lanzándose con todo vigor hacia aquel extraño personaje que le afrontaba. A Sancho, mientras tanto, le faltaban manos para persignarse ante lo que estaba por acontecer. Viendo a su señor, sabía que el descalabro iba a ser descomunal y sería él quien tendría que cargar con aquel saco de huesos con ínfulas de caballero andante. Pero se debía a él, y así sería hasta que recobrará el seso y pudieran volver a casa para vivir en paz. En tales momentos de zozobra y al mismo tiempo, el escudero percibió que la mirada torva del gigantón se centraba en él y quiso montar en su asno y alejarse de allí sin mirar atrás, rezando para no salir muy malparado de aquel lance.

Cuando el choque entre ambos caballeros iba a producirse, Sancho se despertó. Se levantó de un salto poniendo las manos por delante de su cuerpo para defenderse del ataque, resollando como un jabalí en celo, hasta que sus sentidos volvieron en sí cayendo en la cuenta de que todo había sido un sueño. Aquel capitán Trueno y sus secuaces se habían colado en sus pesadillas para fastidiarle la siesta al amor del ramaje fresco del pino. Echándole la culpa a los cuartillos de vino trasegados, pensó en referir a su señor aquello que había soñado, pero, cuando iba a abrir la boca, algo reclamó su atención en el horizonte. Una polvareda se alzaba en el camino a pocas yardas de donde se encontraban. Maldijo su mala suerte y, por un momento, se permitió dirigir una rencorosa mirada de refilón hacia aquel que todo lo veía desde el cielo. Persignándose, pidió luego perdón por su pecado, no fuera a enfadarse con él el Altísimo y, en vez de un capitán Trueno, le enviara alguna de las plagas con las que Yahvé asoló Egipto.

No quiso despertar a su señor, quien roncaba con la boca abierta y la espalda apoyada en el pino, pensando que, si el sueño que había tenido se hacía realidad, y viendo que la nube de polvo cada vez estaba más cerca, él se limitaría a desear buenas tardes a quien por allí pasara e incluso se permitiría regalarles la bota de vino que guardaba en sus alforjas para que tuvieran un mejor viaje.

Aguantó tanto la respiración que casi se ahoga con sus propias toses, despertando al caballero a su paso sin haber deseado tal desenlace.

—¿Qué os ocurre, Sancho?

Este no contestó, horrorizado ante su descuido. Y más despavorido aún quedó al notar que el caballero se fijaba en la polvareda que ya se acercaba.

—¿Qué es aquello que viene a nuestro encuentro, Sancho? ¿No será alguien con intenciones retorcidas?

El escudero tragaba saliva sin saber qué responder. En ese momento, la nube ocre comenzaba a disiparse, pudiendo distinguir Sancho a quienes se aproximaban.

Una risotada surgió de sus labios haciendo que el caballero andante lo mirara como si de un lunático se tratara.

—Solo son unos labriegos, mi señor —dijo tras recuperar el resuello por sus risas—. Ande, vuesa merced, tome otro cuartillo de vino que, a menos de una legua y si mis ojos no se equivocan, pues por allá se erige el campanario de una iglesia, debe estar Albuixech, cuna del capitán Trueno. Por el camino —añadió—, le narraré la historia de tan insigne capitán y de los dos secuaces que lo acompañan en su peregrinaje a Tierra Santa. Ya verá qué historia, mi señor, ya verá qué historia, quizás algún merecido día alguien dibuje sus hazañas.

El caballero de la triste figura, pensativo y distante, comenzó a elucubrar mil caballerescas historias en su descalabrada cabeza mientras su fiel escudero terminaba por dar buena cuenta del fermentado mosto de su viejo odre caprino.